

MIGUEL DE UNAMUNO: TEXTOS

TEXTO 1

PAZ EN LA GUERRA

Levántase y empieza a escalar la montaña. Según la sube va desplegándose a sus ojos como algo vivo el panorama y acrecentándosele a la par la respiración profunda. El aire le penetra todo con su frescor, y al empaparse en él y henchir sus sentidos a la vez con el campo circunstante, siente hondo sentimiento de libertad radical en las íntimas entrañas: la libertad de enajenarse en el ambiente, quedando por él poseído. Llega por fin a la cima, reino del silencio [...]. Tiéndese allí arriba, en la cima, y se pierde en la paz inmensa del augusto escenario, resultado y forma de combates y alianzas a cada momento renovados entre los últimos irreductibles elementos. A lo lejos se dibuja la línea de alta mar cual un matiz del cielo, perfil que pasa sobre las cimas de las montañas.

¡Las montañas y el mar! ¡La cuna de la libertad y su campo! ¡El asiento de su tradición y el de su progreso! Desde la altura contempla a lo lejos, quieto y silencioso, al mar inquieto y bullanguero, junto a las montañas silenciosas y quietas. Antes de hacerse el hombre, pelearon guerra turbulenta los elementos: el aire, el fuego, el agua y la tierra, para distribuir el imperio del mundo. Y la guerra continúa lenta, tenaz y callada. El mar, gota a gota y segundo tras segundo, socava las rocas; envía contra ellas ejércitos de animalillos que nutre en su seno para que las carcoman; y de los despojos de aquéllas y de éstos muelle su lecho, a la vez que los torrentes de las nubes, sangre de su sangre, desgastan a las altivas montañas, rellenando los valles con fecunda tierra de aluvión. El elemento nivelador e igualitario, el que recorre, como el mercader que lo surca, las tierras todas, vivo porque en su seno recobran el calor del Ecuador y el hielo del Polo, mina la altivez de los viejos montes, encadenados al lugar en que nacieron. [...]

Cuando al descender de aquellas alturas vuelve a bordear los sembrados, plantíos y caserías, ya saluda a algún labriego que brega con la tierra esquiva, piensa en cuán gran parte es ésta obra del hombre que, humanizando a la Naturaleza, la sobrenaturaliza poco a poco. Hásele fundido en la montaña la eterna tristeza de las honduras de su alma con la temporal alegría de vivir, brotándole de esta fusión seriedad fecunda.

Una vez ya en la calle, al ver trajinar a las gentes y afanarse en sus trabajos, asáltale, cual tentación, la duda de la finalidad eterna de todos aquellos empeños temporales. Mas al cruzar con algún conocido recuerda las recientes luchas, y entonces el calor reactivo a la frescura espiritual de la montaña infúndele alientos para la inacabable lucha contra la inextinguible ignorancia humana, madre de la guerra, sintiendo que le invade el vaho de la brutalidad y del egoísmo. Cobra entonces fe para guerrear en paz, para combatir los combates del mundo, descansado entretanto en la paz de sí mismo. ¡Guerra a la guerra, mas siempre guerra!

Así es como allá arriba, vencido el tiempo, toma gusto a las cosas eternas, ganando bríos para lanzarse luego al torrente incoercible del progreso, en que rueda lo pasajero sobre lo permanente. Allí arriba, la contemplación serena le da resignación trascendente y eterna, madre de la irresignación temporal, del no contentarse jamás aquí abajo, del pedir siempre mayor salario, y baja decidido a provocar en los demás el descontento, primer motor de todo progreso y de todo bien.

PAUTAS PARA EL COMENTARIO

1. ¿Puede advertirse en este texto esa característica faceta contemplativa de Unamuno que hemos comentado?
2. ¿Cómo concibe aquí Unamuno la Naturaleza? ¿Hay en ella algo de simbólico en relación con los hechos humanos?
3. ¿Puede hablarse de quietismo contemplativo o, por el contrario, se aprecian todavía las inquietudes sociales propias del Unamuno de los años noventa?

TEXTO 2

NIEBLA

Cuando me anunciaron su visita sonreí enigmáticamente y le mandé pasar a mi despacho-librería. Entró en él como un fantasma, miró a un retrato mío al óleo que allí preside a los libros de mi librería, y a una seña mía se sentó frente a mí.

Empezó hablándome de mis trabajos literarios y más o menos filosóficos, demostrando conocerlos bastante bien, lo que no dejó, ¡claro está!, de halagarme, y en seguida empezó a contarme su vida y sus desdichas. Le atajé diciéndole que se ahorrara aquel trabajo, pues de las vicisitudes de su vida sabía yo tanto como él, y se lo demostré citándole los más íntimos pormenores y los que él creía más secretos. Me miró con ojos de verdadero terror y como quien mira a un ser increíble; creí notar que se le alteraba el color y traza del semblante y que hasta temblaba. Le tenía yo fascinado.

-¡Parece mentira! -repetía-. ¡Parece mentira! A no verlo no lo creería... No sé si estoy despierto o soñando...

-Ni despierto ni soñando -le contesté.

-No me lo explico..., no me lo explico -añadió-; mas puesto que usted parece saber sobre mí tanto como sé yo mismo, acaso adivine mi propósito...

-Sí -le dije-; tú -y recalqué este tú con un tono autoritario-, tú, abrumado por tus desgracias, has concebido la diabólica idea de suicidarte, y antes de hacerlo, movido por algo que has leído en uno de mis últimos ensayos, vienes a consultármelo.

El pobre hombre temblaba como un azogado, mirándome como un poseído miraría. Intentó levantarse, acaso para huir de mí; no podía. No disponía de sus fuerzas.

-¡No, no te muevas! -le ordené.

-Es que ... , es que ... -balbuceó.

-Es que tú no puedes suicidarte. aunque lo quieras.

-¿Cómo? -exclamó al verse de tal modo negado y contradicho.

-Sí. Para que uno se pueda matar a sí mismo. ¿qué es menester? -le pregunté.

-Que tenga valor para hacerla -me contestó.

-No -le dije-; ¡que esté vivo!

-¡Desde luego!

-¡Y tú no estás vivo!

-¿Cómo que no estoy vivo? ¿Es que he muerto? -y empezó. sin darse clara cuenta de lo que hacía. a palparse a sí mismo.

-¡No, hombre, no! -le repliqué-. Te dije antes que no estabas ni despierto ni dormido, y ahora te digo que no estás ni muerto ni vivo.

-¡Acabe usted de explicarse de una vez, por Dios!, ¡acabe de explicarse! -me suplicó consternado-. Porque son tales las cosas que estoy viendo y oyendo esta tarde, que temo volverme loco.

-Pues bien: la verdad es, querido Augusto -le dije con la más dulce de mis voces-, que no puedes matarte porque no estás vivo, y que no estás vivo, ni tampoco muerto, porque no existes ...

-¿Cómo que no existo? -exclamó.

-No, no existes más que como ente de ficción; no eres, pobre Augusto, más que un producto de mi fantasía y de las de aquéllos de mis lectores que lean el relato que de tus fingidas venturas y malandanzas he escrito yo; tú no eres más que un personaje de novela. o de nivola, o como quieras llamarle. Ya sabes, pues, tu secreto.

Al oír esto quedose el pobre hombre mirándome un rato con una de esas miradas perforadoras que parecen atravesar la mira e ir más allá, miró luego un momento a mi retrato al óleo que preside a mis libros, le volvió el color y aliento, fue recobrándose, se hizo dueño de sí, apoyó los codos en mi camilla, a que estaba arrimado frente a mí, y, la cara en las palmas de las manos y mirándome con una sonrisa en los ojos, me dijo lentamente:

-Mire usted bien, don Miguel..., no sea que esté usted equivocado y que ocurra precisamente todo lo contrario de lo que usted se cree y me dice.

-Y ¿qué es lo contrario? -le pregunté, alarmado de verle recobrar vida propia.

-No sea, mi querido don Miguel -añadió-, que sea usted, y no yo, el ente de ficción, el que no existe en realidad, ni vivo, ni muerto ... No sea que usted no pase de ser un pretexto para que mi historia llegue al mundo ...

-¡Eso más faltaba! -exclamé algo molesto.

-No se exalte usted así, señor de Unamuno -me replicó-, tenga calma. Usted ha manifestado dudas sobre mi existencia...

-Dudas, no -le interrumpí-; certeza absoluta de que tú no existes fuera de mi producción novelesca.

-Bueno; pues no se incomode tanto si yo, a mi vez, dudo de la existencia de usted y no de la mía propia. Vamos a cuentas: ¿no ha sido usted el que, no una, sino varias veces, ha dicho que don Quijote y Sancho son, no ya tan reales, sino más reales que Cervantes?[...]

-No puede ser, Augusto. no puede ser. Ha llegado tu hora. Está escrito y no puedo volverme atrás. Te morirás. Para lo que ha de valerte ya la vida...

-Pero... por Dios ...

-No hay pero ni Dios que valgan. ¡Vete!

-¿Conque no, eh? -me dijo-. ¿conque no lo quiere? ¿conque he de morir ente de ficción? Pues bien, mi señor creador don Miguel, también usted se morirá, también usted, y se volverá a la nada de que salió...! ¡Dios dejará de soñarle! Se morirá usted, sí, se morirá, aunque no lo quiera; se morirá usted y se morirán todos, todos, todos. Os lo digo yo, Augusto Pérez, ente ficticio como vosotros, nivolesco lo mismo que vosotros. Porque usted, mi creador, mi don Miguel, no es usted más que otro ente nivolesco, y entes nivolescos sus lectores, lo mismo que yo, que Augusto Pérez; que su víctima...

PAUTAS PARA EL COMENTARIO

1. Comenta cómo se desdibujan en este fragmento novelístico las fronteras entre realidad y ficción, así como el paralelismo que se establece entre personajes ficticios y seres vivos, escritor y Dios, etc.
2. A la luz de este pasaje, explica el sentido de los unamunianos términos de *nivola* y *nivolesco* y el título mismo de *Niebla*.
3. ¿Con qué rasgos se caracteriza Unamuno a sí mismo como personaje literario?

TEXTO 3

SAN MANUEL BUENO, MÁRTIR

Una vez pasó por el pueblo una banda de pobres titiriteros. El jefe de ella, que llegó con la mujer gravemente enferma y embarazada, y con tres hijos que le ayudaban, hacía el payaso. Mientras él estaba, en la plaza del pueblo, haciendo reír a los niños y aun a los grandes, ella, sintiéndose de pronto gravemente indispuesta, se tuvo que retirar y se retiró escoltada por una mirada de congoja del payaso y una risotada de los niños. Y escoltada por don Manuel, que luego, en un rincón de la cuadra de la posada, le ayudó a bien morir. Y cuando, acabada la fiesta, supo el pueblo y supo el payaso la tragedia, fuéronse todos a la posada y el pobre hombre, diciendo con llanto en la voz: «Bien se dice, señor cura, que es usted todo un santo», se acercó a éste queriendo tomarle la mano para besársela, pero don Manuel se adelantó y tomándosela al payaso pronunció ante todos:

-El santo eres tú, honrado payaso; te vi trabajar y comprendí que no sólo lo haces para dar pan a tus hijos, sino también para dar alegría a los de los otros, y yo te digo que tu mujer; la madre de tus hijos, a quien he despedido a Dios mientras trabajabas y alegrabas, descansa en el Señor, y que tú irás a juntarte con ella y a que te paguen riendo los ángeles a los que haces reír en el cielo de contento.

Y todos, niños y grandes, lloraban y lloraban tanto de pena como de un misterioso contento en que la pena se ahogaba. Y más tarde, recordando aquel solemne rato, he comprendido que la alegría imperturbable de don Manuel era la forma temporal y terrena de una infinita tristeza que con heroica santidad recataba a los ojos y los oídos de los demás.

Con aquella su constante actividad, con aquel mezclarse en las tareas y las diversiones de todos, parecía querer huir de sí mismo, querer huir de su soledad. «Le temo a la soledad», repetía. Mas, aun así, de vez en cuando se iba solo, orilla del lago a las ruinas de aquella vieja abadía donde aún parecen reposar las almas de los piadosos cistercienses a quienes ha sepultado en el olvido la Historia. Allí está la celda del llamado Padre Capitán, y en sus paredes se dice que aún quedan señales de las gotas de sangre con que las salpicó al mortificarse. ¿Qué pensaría allí nuestro don Manuel? Lo que sí recuerdo es que como una vez, hablando de la abadía, le preguntase yo cómo era que no se le había ocurrido ir al claustro, me contestó:

-No es sobre todo porque tenga, como tengo, mi hermana viuda y mis sobrinos a quienes sostener, que Dios ayuda a sus pobres, sino porque yo no nací para ermitaño, para anacoreta; la soledad me mataría el alma, y en cuanto a un monasterio, mi monasterio es Valverde de Lucerna. Yo no debo vivir solo; yo no debo morir solo. Debo vivir para mi pueblo, morir para mi pueblo. ¿Cómo vaya salvar mi alma si no salvo la de mi pueblo?

-Pero es que ha habido santos ermitaños, solitarios... -le dije.

-Sí, a ellos les dio el Señor la gracia de soledad que a mí me ha negado, y tengo que resignarme. Yo no puedo perder a mi pueblo para ganarme el alma. Así me ha hecho Dios. Yo no podría soportar las tentaciones del desierto. Yo no podría llevar solo la cruz del nacimiento.

PAUTAS PARA EL COMENTARIO

1. Comprueba cómo se enfrentan en este texto los dos conceptos claves de *San Manuel Bueno, mártir*: la trágica verdad de la muerte y del inexorable fin de los seres y la ilusoria felicidad de la religión que permite a los humanos mantener la esperanza de la vida más allá de la muerte. En relación con ello, ¿cómo puede interpretarse el episodio del payaso? ¿Qué semejanza hay entre este personaje y el del cura protagonista de la novela?

2. Nota cómo Unamuno se vale en esta novela de un narrador-testigo. Según puede observarse en el texto, ¿qué efectos produce el empleo de ese tipo de narrador?

3. Relaciona la incesante actividad del cura con su terror a la soledad. ¿Qué nos dice todo ello sobre el carácter y el mundo interior de don Manuel?

TEXTO 4

IR MURIENDO

*VES al ocaso en limpio mar de plata
flotar vagos islotes de ceniza
celeste, entre los cuales agoniza
el dragón que los días arrebató.*

*Santa visión que el alma te rescata
del mundo que a su afán nos esclaviza
y la esperanza, de la fe melliza,
despierta en ti. Y en ese que retrata
del cielo el mar arrullador regajo
que entre tomillo y mejorana brota
dejas correr el alma aguas abajo
mientras el siglo desbocado trota,
y gozas, libertado del trabajo,
rincón en que morirte gota a gota.*

(Rosario de sonetos líricos)

PAUTAS PARA EL COMENTARIO

1. Aparecen en este soneto algunas de las ideas características de la literatura de Unamuno. ¿Cuáles? Coméntalas y ponlas en relación con las de los anteriores textos en prosa del autor. ¿Se da también en verso la contraposición entre el Unamuno activo y el Unamuno contemplativo que explicábamos en el tema y que se advertía, por ejemplo, en el texto de *Paz en la guerra*? Razona la respuesta.

2. ¿En qué se apartaría este poema de Unamuno de la poesía modernista o simbolista típica de su época? Compáralo con los textos de *Soledades* de Antonio Machado y con de Juan Ramón Jiménez. ¿Qué diferencias encuentras? ¿Hay también semejanzas?